

mo, en que el valor rayó a más altura.

Arenas de San Juan es una villa que cuenta con unos 1.330 habitantes. Pertenece al partido judicial de Daimiel, cuya estación de ferrocarril, que es la más próxima, dista del pueblo dieciocho kilómetros. Pequeños propietarios, campesinos, gente modesta, pero profundamente arraigada al terruño y a sus tradiciones, los vecinos de Arenas perte-

“Había en Daimiel una imagen venerada tradicionalmente: La Virgen de las Cruces, Patrona del pueblo. Hasta los vecinos de ideas avanzadas creían en Ella”.

necían a los partidos de derechas o simpatizaban con ellos. En las elecciones de febrero la candidatura de orden obtuvo 500 votos contra 73 que se repartieron entre las izquierdas y don Cirilo del Río.

Al frente del Ayuntamiento se hallaba un labrador, Hilario Rincón Torregrosa, que había militado en el socialismo, pero que, asustado de la pendiente por donde éste empujaba al pueblo, rompió sus compromisos con él, y sin incorporarse abiertamente a los elementos de derechas se amparó en la etiqueta radical-socialista, recurso que se empleaba bastante en La Mancha para ponerse a cubierto de una posible persecución. Pero aún como radical-socialista, Rincón Torregrosa estaba en contra de lo que esta organización representaba y en desacuerdo con las consignas del frente popular. Los emisarios de Falange habían llevado a los campesinos de Arenas la noticia de un próximo alzamiento nacional. Rincón Torregrosa lo sabía y recibió el anuncio con alborozo. Todo lo que tendiese a terminar con la anarquía que asolaba al campo le parecía plausible y patriótico. De corazón estaba con los que pensaban sublevarse.

Cuando el día 18 se supo que el anunciado movimiento empezaba ya, Arenas se dispuso



a secundarlo. La Guardia Civil abandonó enseguida el pueblo para reunirse en Daimiel. Quedó el alcalde de única autoridad visible. Y aceptó los servicios de los falangistas locales, que sumarían unos treinta para asegurar el orden y tener a raya a los afiliados a la Casa del Pueblo. Estos falangistas estaban armados en su mayoría de escopetas de caza que cargaban con perdigones, y pocos tenían pistola.

Los socialistas, considerándose impotentes, se encerraron de primera intención en la Casa del Pueblo y enviaron emisarios a dar cuenta de lo que sucedía a Daimiel, Alcázar de San Juan y a Ciudad Real. Desde la capital llamó el gobernador por teléfono el día 22 al alcalde.

—Sabemos —le dijo— que en ese pueblo están armados los fascistas. Desármelos inmediatamente y haga entrega del Ayuntamiento al presidente de la Casa del Pueblo.

—Lo que me ordena el señor gobernador —respondió el alcalde— no puedo hacerlo, porque sería tanto como exponer a los vecinos honrados al saqueo y a la matanza.

—¿No acata usted mis órdenes?

—No, señor; no las acato.

—Pues se atenderá a las consecuencias...

El alma del alcalde de Móstoles y de otros regidores cuyos nombres se enaltecieron en las grandes crisis de España se había aposentado ahora en este tocoso campesino, que hablaba de poder a poder con el representante de la República. La conversación telefónica que acababa de desarrollarse equivalía a una declaración de guerra.

¿Con qué fuerzas contaba para resistir? Con casi la totalidad del vecindario, que, en espíritu le secundaba, pero que en su mayoría carecía de armas. Los que se las habían procurado se encerraron en el Ayuntamiento. Los socialistas ocuparon la iglesia en la esperanza de que no tardarían en recibir los refuerzos que habían pedido. Pero dada la anarquía que reinaba en los pueblos, nada práctico se hizo para enviárselos. Al contrario, cundió la confusión, por abultar el miedo las proporciones de lo que en Arenas sucedía. Se proclamaba con grandes aspavientos que «en el pueblo faccioso» estaban concentrados los fascistas de toda la provincia, dispuestos a caer sobre Ciudad Real en catarata arrolladora. También los socialistas de Arenas llevaron su alarma a Madrid, para donde salieron tres emisarios, que se entrevistaron con algunos miembros del Gobierno.

Se planeó la operación de reconquista como si se tuviera que hacer frente a un poderoso ejército. De Madrid enviaron guardias de Asalto y milicianos con cascos de acero, bombas de mano y lanzallamas. Se decretó también una leva de voluntarios de todos los pueblos del contorno. Villarta, Manzanares, Daimiel, Tomelloso y Carrión suministraron contingentes, lo mismo que la capital de la provincia, llegándose a reunir tres mil hombres, con los que se formaron varias columnas que debían caer sobre Arenas simultáneamente.

Fue a las diez de la mañana del día 23 cuando las avanzadas de esta muchedumbre daban vista al pueblo, que se alza sobre una pequeña loma. Rompieron el fuego los milicianos de Manzanares, que capitaneaban un empleado de la banca llamado José Fernández Pacheco y el médico comunista Manuel Cebrián, que conducía una ambulancia de la Cruz Roja, que bajo su enseña humanitaria transportaba explosivos y bidones de gasolina para los incendios que se preparaban.

El imponente alarde de fuerzas no arredró a los sencillos lugareños, que entendían que era mejor morir peleando que asesinados, y así, cuando los coches de Manzanares asomaron en la primera calleja fueron saludados con descargas. Como dos o tres de los atacantes se rñtorciaron en el suelo, se suspendió el avance para que los jefes deliberasen. Se hizo un despliegue de guerrillas con el propósito

“En el pequeño pueblo de Arenas de San Juan, allí los elementos de derechas prefirieron morir con las armas en la mano en una lucha desesperada”.